

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

108

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Teodoreto de Ciro

LOS DIEZ DISCURSOS
SOBRE LA PROVIDENCIA

Introducción, traducción y notas de
Manuel Caballero González



Ciudad Nueva

1ª edición: marzo 2018

© Manuel Caballero González

© 2018, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-400-0

Depósito Legal: M-7.904-2018

Impreso en España

Maquetación: *Antonio Santos*

Imprime: Estugraf Impresores. Ciempozuelos (Madrid)

El matrimonio imita la primavera,
que se manifiesta abiertamente
después del expolio del invierno
y lo que aquel desnudó, ella lo viste de nuevo.

(TEODORETO DE CIRO, *Prouid.*: PG 83, 687C-D)

INTRODUCCIÓN

I. VIDA Y OBRAS DE TEODORETO DE CIRO

Teodoreto¹ nace a finales del s. IV, concretamente en el año 393 d. C.², en la famosa ciudad de Antioquía, urbe en la que san Pablo había predicado y en donde los discípulos de Jesús fueron llamados por vez primera «cristianos»³.

Poco se sabe con certeza de los primeros años de la vida de Teodoreto. De hecho, los escasos datos que sobre su infancia tenemos se encuentran, principalmente, en una de sus obras, a saber, la *Historia de los monjes de Siria*, a la que él también denomina *Historia Religiosa* y en otras ocasiones *Historia Fi-*

1. Para las noticias que aquí recogemos nos basamos en las formidables introducciones de Y. AZÉMA, *Théodore de Cyr. Discours sur la Providence*, Paris, 1954, 7-91, TH. P. HALTON, *Theodoret of Cyrus. On divine Providence (Ancient Christian Writers, The Works of the Fathers in Translation, 49)*, New York, 1988, 1-7 y, sobre todo, de M. NINCI, *Teodoreto di Ciro. Discorsi sulla Provvidenza*, Roma, 1988, 5-81. Todos estos autores ofrecen una amplia bibliografía sobre manuales de consulta como de monografías sobre este escritor de la Iglesia y la obra que nos compete. Véase también KOCH, (1974), 264-267.

2. La fecha que nosotros proponemos en esta edición, que coincide con la que AZÉMA (1955), 12 y NINCI (1988), 5, ofrecen en sus estudios sobre este escritor de la Iglesia, se basa en M.L. DE TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*, Paris, 1710, 870, que menciona el año 393 d. C. y no el 383 d. C., como señala HALTON (1988), 1. J. GARNIER, *Beati Theodoretus episcopi Cyri operum, Tomus V*, Paris 1684, *Diss.* II, 175, sin embargo, propone que Teodoreto nació alrededor del año 386 d.C.

3. Hch 11, 26. La ciudad se halla actualmente al sur de Turquía y es la capital de la provincia de Hatay.

lotea, es decir, de los que son amigos de Dios⁴. En el relato del eremita Macedonio, Teodoreto narra el carácter milagroso de su propia gestación⁵. A pesar de que sus padres habían vivido trece años juntos, la madre de Teodoreto no podía alumbrar ningún hijo porque era estéril. Si bien ella, marcada por las rigurosas ideas que en la época encumbraban la virginidad y, en cierto modo, denigraban el matrimonio, se resignaba virtuosamente a la desdicha que Dios le permitía vivir, su marido no se conformaba en absoluto con semejante desgracia y buscaba ayuda y auxilio en todos los santos, monjes y ermitaños de la región de Siria con la esperanza de que sus oraciones y plegarias compadecieran al Creador del universo y el buen Dios tuviese a bien el librarle de infortunio tan grande. Recorrió innumerables lugares y visitó a incontables anacoretas hasta que llegó al mencionado asceta Macedonio, quien, sin trabas ni reparos, le prometió el hijo que tanto deseaba. No obstante, la promesa del eremita no terminaba de cumplirse: tres años habían pasado desde la predicción de Macedonio y la madre de Teodoreto, sin embargo, no lograba quedarse encinta. Subió de nuevo el marido hasta el paraje en donde habitaba el anacoreta y, en esta ocasión, quiso que lo acompañara su esposa; cuando aquel vio a la futura madre de Teodoreto, le dijo que, en efecto, ella concebiría un hijo, pero que, en contrapartida, debía consagrar al Todopoderoso el hijo que de sus entrañas naciera. Al año engendraron a nuestro autor, pero los sobresaltos no habían terminado. A los cinco meses peligró gravemente el embarazo y su madre sufrió un amago de aborto.

4. Cf. F. VÁZQUEZ, *Biblioteca portátil de los Padres, y Doctores de la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles*, Madrid, 1791, 179.

5. Cf. *Hist. Rel.*, XIII, 16. Para el carácter autobiográfico de esta obra, véase AZÉMA (1977), 13. Teo-

doreto relata su propio nacimiento con tintes prodigiosos con el fin de asemejar su nacimiento al de los grandes hombres que en la Biblia han sido y cuya gestación y parto han revestido siempre un carácter milagroso.

Gracias a Dios y al brebaje que le recetó el monje Macedonio, pasado el tiempo establecido por el Todopoderoso y por la naturaleza, Teodoreto vio la luz del mundo en la ciudad de Antioquía, capital de la antigua provincia romana de Siria.

De familia cristiana, como se ha visto, Teodoreto disfrutó de una amplia formación cultural tanto del mundo clásico como de la incipiente literatura cristiana. La fama le atribuye como maestros a Teodoro de Mopsuestia, al que defendió agueridamente en sus años de juventud, y a Diodoro de Tarso, si bien las fechas de la muerte de este último y del nacimiento de Teodoreto hacen muy difícil que ambos siquiera tuviesen una relación personal. Como discípulos se le atribuyen al futuro obispo hereje de Constantinopla Nestorio y al patriarca de esta misma ciudad Juan de Antioquía. Teodoreto gozó de una gran reputación intelectual y es, sin lugar a dudas, uno de los teólogos más destacados de la escuela de Antioquía⁶. Por su extraordinaria erudición y su prolífica producción literaria en el campo de la teología y de la espiritualidad ha sido considerado por muchos el san Agustín de Oriente⁷.

En 416, tras la muerte de sus padres, abandona su ciudad natal y cumple con el voto realizado por su madre al recibir la promesa del anacoreta Macedonio: vende su rico patrimonio⁸, lo dona a los pobres, abraza la pobreza y se retira al monasterio de Nicerta, cerca de Apamea. Teodoreto elige, por tanto, la vida cenobítica y no la anacoreta, pero no escoge ninguno de los dos grandes y renombrados monasterios de Siria (Teleda

6. Recuérdese que las dos grandes escuelas teológicas de la Antigüedad eran la de Alejandría, más propensa a una interpretación alegórica y espiritual de los textos bíblicos, y la de Antioquía, proclive a una exégesis de la Palabra de Dios más literal, histórica y realista.

7. Cf. R. TEJA, «Historias de

magia y santidad en la “Historia Religiosa” de Teodoreto», en J. TORRES (ed.), *Historica et Philologica. In honorem José María Robles*, Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2002, 73.

8. Cf. *Epist.* 113 (Vol. 3, 66-67 AZÉMA).

o Guindaro), sino una fundación más reciente que le permitía conjugar la vida espiritual con su asombrosa actividad cultural. A este periodo se le suele atribuir la redacción de su famosa apología contra el helenismo pagano titulada *Curación de las enfermedades griegas*⁹. Tanta debió ser su fama que en el año 423 lo nombran obispo de la ciudad de Ciro, en la jurisdicción metropolitana de Hierápolis¹⁰. Situada a setenta quilómetros de Alepo, en la confluencia entre Antioquía y Zeugma, se veneraba en ella desde antiguo la tumba de los virtuosos médicos sirios del s. IV san Cosme y san Damián. De hecho, bajo el episcopado de Teodoreto, la ciudad se convierte en un lugar de peregrinación muy popular y en uno de los grandes centros de las numerosas controversias teológicas que azotaron el quinto siglo de nuestra era.

En efecto, Teodoreto¹¹ tuvo que enfrentarse a una cantidad ingente de sectas heréticas como eran los arrianos, los eunomianos o los marcionitas, por mencionar solo algunas de ellas; incluso logró que la Iglesia de su diócesis sustituyera en el uso litúrgico el *Diatesarón* o *Evangelio de Taciano* por la lectura de los cuatro Evangelios. Los problemas para Teodoreto, sin embargo, llegarían con el concilio de Éfeso en el año 431. Para entender qué es lo que llegó a ocurrir para deponer a Teodoreto de su cargo eclesiástico y devolvérselo años después, es necesario que veamos brevemente el trasfondo teológico de la diatriba conciliar sobre la naturaleza y la persona de Jesucristo.

9. En el sexto libro de esta apología contra las costumbres y creencias helenas Teodoreto trata también el tema de la Providencia; este asunto también lo desarrolla brevemente en su *Refutación de las herejías* redactado en sus últimos años de vida.

10. Cf. NINCI (1988), 6. El nombre actual de Ciro es Nebi Huri, en Siria.

11. En las explicaciones que se presentan a continuación, seguimos muy de cerca la clara exposición realizada por NINCI (1988), 6-8.

Los cuatro primeros concilios ecuménicos¹² poseen una importancia fundamental en la articulación del credo cristiano. De hecho, el papa Gregorio Magno, en el siglo VI, afirma en su famosa carta al diácono Antemio que, igual que se reciben y se honran los cuatro libros del Evangelio, así deben ser acogidos y venerados estos primeros cuatro concilios ya que «sobre estos, como sobre una piedra cuadrada, se alza la estructura de la santa fe»¹³. Los dos primeros sínodos tuvieron lugar en el s. IV y los dos siguientes en el s. V, todos ellos, sin embargo, en la parte oriental del Imperio Romano, en la región geográfica que hoy ocupa Turquía: Nicea (325), Constantinopla (381), Éfeso (431) y Calcedonia (451). En lo que concierne al *depositum fidei*, «en los dos primeros concilios quedó definida la doctrina teológica sobre la Santísima Trinidad y los cuatro siguientes formularon las verdades cristológicas fundamentales»¹⁴.

En el s. IV, la reflexión teológica sobre el modo de relaciones entre el Padre y el Hijo produjeron una disputa de repercusiones históricas sin precedentes. La ortodoxia cristiana se enfrenta a la doctrina propagada por un sacerdote de Alejandría llamado Arrio que consideraba al Verbo como hijo adoptivo, no natural, de Dios Padre; es más, aunque admitía que Cristo era la criatura mortal más sublime de cuantas hayan jamás existido, sin embargo, rechazaba absolutamente que dicho «Lógos» pudiese ser llamado Dios. En realidad, el objetivo de Arrio es

12. Recordemos que la Iglesia Ortodoxa solo reconoce como ecuménicos los siete primeros; la Iglesia Católica considera también ecuménico un octavo concilio, el IV de Constantinopla celebrado en los 869 y 870 y que puso fin al cisma de Focio. Para todos estos datos nos serviremos del maravilloso libro de iniciación teológica del fallecido Prof.

J. ORLANDIS ROVIRA, *Historia de la Iglesia*, Madrid, 2004^a.

13. GREGORIO MAGNO, *Epist.*, I, 24. Trad. propia. El original latino es como sigue: *in his uelut in quadrato lapide, sanctae fidei structura consurgit.*

14. ORLANDIS ROVIRA (2004^a), 48.

salvaguardar a cualquier precio la unidad divina entendiéndola, no obstante, como uniformidad monolítica. Su afinidad con la filosofía helenística de corte platónico –este Verbo se asemejaba mucho al demiurgo del *Timeo*, es decir, un ser intermedio entre el mundo divino y el humano, una especie de genio ordenador del Cosmos, un nuevo organizador del caos existente– le permitió expandirse rápidamente por el mundo conocido de aquella época.

El concilio de Nicea (325) promulgó la fe verdadera y «definió la divinidad del Verbo, empleando un término que expresaba de modo inequívoco su relación con el Padre: *homoousios*, “consustancial”»¹⁵. De ahí, la formulación de nuestro credo: “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado”. A pesar de esta primera victoria, el arrianismo se extendió por todo el orbe cristiano y a punto estuvo de alcanzar la supremacía sobre la verdadera ortodoxia. Fue gracias a la encomiable labor de los Padres Capadocios (san Basilio el Grande, su hermano san Gregorio de Nisa y un amigo cercano de estos dos, san Gregorio Nacianceno) y a diversas coyunturas históricas que el arrianismo quedó pronto relegado a la fe cristiana profesada primordialmente por los pueblos germánicos. El concilio de Constantinopla (381) sancionó la doctrina de Nicea y fijó el credo de la Iglesia en lo que hoy conocemos como “Símbolo niceno-constantinopolitano”; en este sínodo se definió asimismo la divinidad del Espíritu Santo.

Superado el problema trinitario, “la teología hubo de plantearse de modo inmediato el Misterio de Cristo, no en relación con las otras Personas divinas, sino en sí mismo»¹⁶, es decir, había que dilucidar cómo se conjugaban en Cristo su divinidad y su humanidad. Aquí se halla el origen de los futuros problemas de Teodoreto de Ciro.

15. ORLANDIS ROVIRA (2004⁺), 49.

16. *Id.*, 50.

En efecto, en el s. V, las dos escuelas principales de teología del Oriente cristiano se decantaron por posiciones contrapuestas: mientras la escuela de Alejandría enfatizaba la divinidad del Verbo (esta se mezclaría con su humanidad como el fuego al hierro candente, esto es, con una unión íntima y profunda), la escuela de Antioquía, de la que uno de sus representantes era Teodoreto, hacía hincapié en la humanidad del Cristo, afirmando que no se debía hablar de encarnación, sino de inhabitación del Verbo divino (la imagen que utilizan es la del hombre que se pone una túnica), es decir, una unión externa o moral. La disputa alcanzó su punto culminante cuando el obispo de Constantinopla Nestorio predicó públicamente en el 428 que María no era «Theotókos», «Madre de Dios»¹⁷, sino «Christotókos», «Madre de Cristo». El patriarca de Alejandría, san Cirilo, formuló entonces, con la venia papal, los doce «anatematismos» contra Nestorio y la tensión se hizo insostenible. Por su parte, el patriarca Juan de Antioquía, encarga a nuestro autor y a Andrés de Samosata un documento que confutase dichos anatematismos y surge así la *Refutación de los Doce Anatematismos*¹⁸ de Cirilo. Para entonces, tal y como refiere NINCI, «era guerra abierta»¹⁹ entre las dos escuelas teológicas.

Teodosio II convoca en el 431 el concilio de Éfeso y tiene lugar uno de los episodios más escabrosos de la historia de los sínodos. La asamblea plenaria fue abierta por san Cirilo el 22 de junio, cuando la delegación oriental todavía no había llegado a la ciudad de Éfeso; lo haría dos días más tarde, el 24 de junio,

17. Respetamos la versión habitual de esta palabra griega, si bien la traducción literal es «alumbraamiento de Dios».

18. El contenido de esta obra solo se conoce gracias a la respuesta que san Cirilo dio a los mismos: *Epístola a Egipto en contra de la*

refutación de los doce puntos presentada por Teodoreto (Cf. PG 76, 385-452). Contra este patriarca de Alejandría y el concilio de Éfeso también se sabe que Teodoreto escribió cinco libros que, por desgracia, se han perdido.

19. NINCI (1988), 7.

pero, para entonces, ya estaba todo decidido y no cabía revisar ninguna de las resoluciones tomadas en ausencia de los obispos orientales. Teodoreto, obispo de Ciro, no pudo hacer absolutamente nada para defender a su amigo Nestorio y la delegación papal confirmó la resolución sinodal de deponer a Nestorio del patriarcado de Constantinopla. Es más, a mediados de julio, san Cirilo consiguió excomulgar también al patriarca Juan de Antioquía. El emperador Teodosio intentó calmar los ánimos y consiguió que dos años después, en el 433, ambos patriarcas, Juan de Antioquía y Cirilo de Alejandría, firmasen el acto de unión, cuya formulación se debe con mucha probabilidad al mismo Teodoreto de Ciro que, a instancias del primero, se adhirió más adelante, no sin reparos.

En el 438 surgieron de nuevo problemas entre ambas escuelas y Teodosio redactó una apología, hoy perdida, a favor de Diodoro de Tarso y de su maestro Teodoro de Mopsuestia, cuyas cristologías habían sido atacadas por el patriarca Cirilo. Este, sin embargo, quería preservar la paz y no se lanzó anatema alguno. A su muerte todo cambiaría. Su sucesor, el patriarca Dióscuro intervino en varios asuntos internos de la Iglesia de Constantinopla, sobre todo en el fragante caso de Eutiques, que predicaba una herejía que se ha venido a denominar «monofisismo»: sostenía que la doctrina de Éfeso, que aseveraba que en Cristo había dos naturalezas, daba pie a creer que en Él también existían dos personas y, por esa razón, resolvió el dilema afirmando que «en Cristo no habría más que una naturaleza, puesto que en la Encarnación la naturaleza humana había sido absorbida por la divina»²⁰. Teodoreto responde a esta herejía con su *Eranistes*, un diálogo tripartito que presentaba la que él creía que era la fe cristológica ortodoxa y que, sin embargo, fue condenada por Dióscuro²¹. Este lo anatemizó y logró del poder

20. ORLANDIS ROVIRA (2004⁴), 51-52.

21. Cf. PG 83, 27-318.

imperial que Teodoreto no participase en el famoso concilio de Éfeso celebrado en el 449 y que el mismo Dióscuro presidió. Allí se impidió la intervención de los obispos contrarios al monofisismo, se prohibió la lectura de la epístola dogmática que los tres legados pontificios llevaban de parte del Papa León, el conocido *Tomus ad Flavianum*, en la que se oponía firmemente a la doctrina de Eutiques, se condenó la doctrina de las dos naturalezas de Cristo y el patriarca de Constantinopla, Flavio, fue depuesto y desterrado, ensañándose con él con tanta violencia que a los pocos días murió a causa de las heridas infligidas. Un monje de Antioquía leyó algunos extractos de algunas cartas escritas por Teodoreto y, sobre todo, su obra apologética a favor de Diodoro y de Teodoro. A la mención de estos nombres, Dióscuro condenó inmediatamente a Teodoreto y pronunció el libelo de deposición y de excomunión. Teodoreto, en cuanto oyó en su diócesis dicho libelo, apeló sin demora al Papa León²² y se retiró a un monasterio de Apamea. De hecho, este papa, al enterarse de lo sucedido en la ciudad a orillas del mar Jonio calificó a la asamblea con el renombrado apelativo con el que más tarde se conocería dicho concilio: «el latrocinio de Éfeso». Teodosio II, no obstante, admitió las resoluciones del sínodo y la postura monofisita de Alejandría se impuso en su reinado.

A la muerte de este emperador, le sucede Marciano que restituye a Teodoreto en su sede episcopal de Ciro. El Papa León solicita al nuevo regente y a su esposa la emperatriz Pulqueria que convoquen un nuevo concilio que restaure la doctrina verdadera y tiene lugar el cuarto concilio ecuménico, el famoso sínodo de Calcedonia (451). «El concilio se adhirió de modo unánime a la doctrina cristológica contenida en la epístola de León Magno a Flaviano: “Pedro ha hablado por boca de León”, aclamaron los padres»²³. Se condena como herética la

22. Cf. TEODORETO DE CIRO, *Epist.*, CXIII (PG 83, 1311-1318).

23. ORLANDIS ROVIRA (2004⁴), 52.